

los príncipes y que ejecutaban sus órdenes en las asambleas y en la guerra. Eran honrados como los ministros de los dioses y de los hombres (1); y su persona era sagrada é inviolable. Estos eran los que juntaban las tropas para la guerra, y los que comunicaban las órdenes del príncipe ó del general (2). Servian en los sacrificios solemnes: hacian aproximar las víctimas, mezclaban el vino para las libaciones, y servian á los reyes cuando se lavaban (3).

(1) Véase *Iliad.* A.—(2) *Iliad.* B.—(3) *Iliad.* T.

DISERTACION

SOBRE

LA MILICIA DE LOS HEBREOS (*).

L. La nacion judia fue en otro tiempo una de las mas guerreras. Fuerzas y valor de los antiguos Hebreos. Dignidad del asunto de esta Disertacion.

LA nacion judia, aunque obscura y enteramente despreciada el dia de hoy, fue en otro tiempo una de las mas guerreras y mas valientes naciones del mundo. Pocos pueblos hay que hayan adquirido mas gloria por las armas; sea que se considere las muchas guerras que los Hebreos han emprendido ó sostenido; ó sea que se atienda á sus fuerzas ó á las de sus enemigos, y al valor de los unos ó de los otros. En Israel se han visto prodigios de valor y de fuerza, ejemplos de intrepidez y de ardor, de conducta y de sabiduria, tanto ó mas memorables que en algun otro pueblo. Las historias que nos refieren sus grandes hechos en la guerra, tienen esta ventaja sobre todas las de los conquistadores y naciones mas célebres: y es, ser ellas de una certidumbre irrefragable, y que ni la adulacion, ni el error ni la ignorancia han podido introducir falsedad, obscuridad ó exageracion. En esto no hay romances ó héroes fabulosos. No hay conquistadores por oficio, ni destructores de ciudades y provincias, que sin razon alguna legitima van á llevar la guerra y la desolacion á los estados vecinos. Aquí por la mayor parte se ven sabios y valientes generales suscitados por Dios y estimulados de su Espíritu, para ejercer las venganzas del Señor, ó para castigar el crimen ó para proteger la inocencia. Nosotros contamos entre estos héroes los Josué, los Caleb, los Gedeones, los Jefsés, los Sansones, los Davides, los Macabéos y tantos otros nombres ilustres, cuya memoria será inmortal.

Algunos se figuran á los Judios como un puñado de hombres retirados á un rincón de la Asia, encerrados en un terreno pequeño, como el oprobrio y desprecio de los otros pueblos. No hay idea mas falsa que esta. Los Hebreos ponian en campaña ejércitos mucho mas numerosos que los que han puesto los Griegos y los Romanos. Se igualaban con los mayores potentados del Asia, y con los pueblos mas poderosos y numerosos, y frecuentemente alcanzaron sobre ellos brillantes victorias. Abia, rey de Judá, atacó á Jeroboam, rey de Israel,

* La substancia de esta Disertacion es de Calmet.

con un ejército de cuatrocientos mil hombres, teniendo su enemigo ochocientos mil; y de estos ochocientos mil en una sola batalla quinientos mil quedaron tendidos sobre la arena (1). Facée, hijo de Romelia, rey de Israel (2), mató en un solo dia ciento veinte mil hombres de las tropas de Judá. Zara, rey de Etiopia, ó mas bien de Arabia, marchó contra Asa, rey de Judá. Zara tenia un ejército de un millon de hombres, y trescientos carros, y aunque Asa solo tenia quinientos ochenta mil hombres (3), batió las tropas etiopias, y las derrotó enteramente. En el reinado de David las tropas solas de la guardia del rey estaban compuestas de doce bandas de veinte y cuatro mil hombres, que cada una servia por un mes, y juntas formaban doscientos ochenta mil hombres (4). Josafat tenia un millon ciento sesenta mil hombres de guerra, sin contar las guarniciones de las plazas (5). ¿Qué monarca hay el dia de hoy que mantenga tantos y tan fuertes ejércitos? Con estas fuerzas se sujetó y se destruyó la nacion Cananéa: los Siros, los Filistéos, los Iduméos, los Arabes, los Amalecitas, los Madianitas, los Moabitas, todos á su vez han sido batidos, avasallados y destrozados. Estos ejércitos son los que resistieron por muchísimo tiempo á todas las fuerzas de los Egipcios, de los Asirios, de los Caldeos, de los Siros, de los Romanos; y estas son las que frecuentemente alcanzaron sobre ellos gloriosas victorias, y finalmente las que no han sucumbido sino á causa de sus crímenes é infidelidad.

El valor de los Hebreos no podia ser desconocido á los Persas, á los Griegos y á los Romanos. Artajerjes, rey de Persia (6), reconoció en Esdras que la nacion de los Judios era muy guerrera, y que no podia tolerar que otros la dominasen, y que ella en otro tiempo tuvo príncipes muy valerosos y esforzados. Josefó (7) pretende que en el famoso ejército de Jerjes contra los Griegos, los Hebreos, bajo el nombre de *Solymas*, se hicieron distinguir entre un gran número de otros pueblos que allí habia. Es incontestable (8) que el valor y fidelidad de los soldados hebreos llamaba la atencion del Grande Alejandro. Hebreos tenia él en sus ejércitos, y les concedia privilegios, y les daba frecuentemente señales de confianza. Demetrio Soter solicitaba hasta treinta mil, si se encontraban tantos que quisiesen tomar partido en sus tropas (9). Los reyes de Egipto sucesores de Alejandro, continuaron estimando á los Hebreos del mismo modo que lo habia hecho el fundador de su monarquía. Confiaron muchas veces á su prudencia la conducta de sus ejércitos, la comandancia de sus tropas (10), la guardia de sus personas y de las plazas mas importantes. Las tropas de Antiocho Epifanes y de Demetrio, reyes de Siria, mas de una vez experimentaron el heroico valor de los Macabéos.

Diodoro de Sicilia (11) habla ventajosamente del valor y constancia de los Judios. Dice que Moises se aplicó á la guerra con mu-

(1) 2.º *Par.* xiii. 3. 17.—(2) 2.º *Par.* xxviii. 6.—(3) 2.º *Par.* xiv. 8. 13.—(4) Véase 1.º *Par.* xxvii. 1. et seqq.—(5) 2.º *Par.* xvii. 14. 19.—(6) 1.º *Esd.* iv. 19. 20.—(7) *Joseph.* l. 1. contra *Appion*.—(8) *Antiq.* l. xi. cap. ult. et contra *Appion* l. 1. et ii.—(9) 1.º *Mach.* x. 36.—(10) *Josefo*, en el libro ii. contra *Appion*, habla de Onias y de Daulito, generales de las tropas de Egipto por *Filometor*; y en el 4.º libro de los *Macabéos* cap. v. habla de Helcias y de Hanania, que tuvieron la misma dignidad por *Cleopatra*, madre de *Ptoloméo Latiro*.—(11) *Diodoro.* *Sicul. Eclog.* vi. *Pho. ti.* ez lib. 40.

cha prudencia, y obligó á los jóvenes de su nacion á estos ejercicios, y á tolerar las fatigas: que emprendió muchas guerras contra las naciones vecinas, y dejó á los Judios un bellissimo pais. Tácito reconoca el valor de los Hebréos, y el desprecio que hacian de la muerte, persuadidos de que eran inmortales las almas de los que morian en la guerra: *Animas præliis peremptorum æternas putant: hinc generandi amor, et moriendi contemptus* (1).

No es pues despreciable ni poco digno de atencion el negocio que vamos á tratar. Merece ser tanto mas examinado, quanto Dios mismo es el autor de la mayor parte de estas guerras (2). La ley de Moises arregla las principales circunstancias y obligaciones. Los generales que las han manejado han sido por la mayor parte varones santisimos y virtuosisimos, de modo que podemos intitular este escrito: *Tratado de las guerras del Señor*, y que no habria cosa mas propia para dar una justa idea del buen modo de hacer la guerra, si los príncipes siempre hubieran seguido las santas reglas que les estaban prescritas.

II.
Sucesos admirables de las guerras que los Hebréos emprendieron por orden del Señor. Solo su infidelidad fue la causa de las desgracias que experimentaron.

Mientras los Israelitas estuvieron firmes en la ley del Señor, se les vió constantemente felices, victoriosos y triunfantes. Las guerras que hicieron por orden de Dios siempre fueron acompañadas de prodigios en su favor, y seguidas de sucesos milagrosos. La mano del Señor siempre se vió extendida, y la fuerza de su brazo desplegada contra sus enemigos. Los elementos combaten contra Faraon y contra su ejército en el paso del mar Rojo. Amalec es vencido por una mano invisible, que parecia conformar sus socorros á los movimientos de los brazos de Moises que oraba en el monte, mientras Josué combatia. Toda la Arabia y la Iduméa ven á Israel viajar en los desiertos cuarenta años, sin atreverse á atacarlo. Edom y Moab, espantados con sola la vista del ejército del Señor, se quedan suspensos, respetando su presencia. Og y Schon, reyes de los Amorreos, terror de los pueblos vecinos, casi no hacen resistencia delante de Moises. ¿Qué ha sido toda la vida de Josué, desde la muerte de Moises, sino un encadenamiento de victorias? La misma superioridad de fuerzas y la misma felicidad se manifestó en las guerras de Otoniel, de Caleb, de Gedeon, de Barac, de Jefsé, de Sanson, y en las que Saul, David y los otros reyes emprendieron por orden de Dios.

Pero desde que los reyes quisieron dirigirse por sí mismos, y abandonaron al Señor para seguir la inclinacion de su ambicion, los movimientos de su voluntad, y sus propias luces en la declaracion y en la conducta de las guerras, el Señor dejó al hombre solo, y lo abandonó en la ejecucion de los proyectos que no nacia mas que del espíritu del hombre. Los reyes fieros, insolentes é infieles en la prosperidad y en la paz, cobardes, desatinados y desgraciados en la guerra, vinieron á ser finalmente el desprecio y el juguete de sus enemigos.

III.
Dos clases de guerras entre los Hebréos.

Hubo dos suertes de guerras entre los Hebréos: las unas eran por obligacion, y mandadas por Dios; las otras libres y voluntarias por parte del rey ó del pueblo. Eran las primeras principalmente contra los Cananéos y contra los Amalecitas, naciones entre-

(1) Tacit. Hist. lib. vi.—(2) 2. Par. xiii. 12. In exercitu nostro daz Deus est, et sacerdotes ejus, qui clangunt tubis, decia Abia, rey de Judá.

gadas al anatema: con orden de exterminarlas, con prohibicion de componerse con ellas y darles cuartel. Las otras guerras contra los enemigos de Israel eran á discrecion de los que gobernaban. Se podia por motivos justos y legitimos atacar al enemigo, socorrer á los aliados, repeler la injuria, y castigar el crimen ó el insulto. En una palabra, lo que se estimaba en los otros pueblos justa causa de hacer ó sostener la guerra, se estimaba tambien entre los Hebréos:

El derecho y costumbre de las naciones cultas no consiente que haya guerra sin haberse declarado, y sin haberse pedido ántes la reparacion de los danos hechos. Moises ordenó que primero se propongan condiciones de paz á los que se hayan de atacar: *Cuando fueres á sitiar á una ciudad, le ofrecerás desde luego la paz. Si ella la recibe, y te abre sus puertas todo el pueblo que allí esté, tendrá segura su vida; pero quedará tributaria. Si ella no quiere hacer alianza contigo, y emprende hacerte la guerra, la pondrás cerco; y cuando el Señor la haya entregado en tus manos, condenarás á muerte á todos los varones que allí haya, reservando únicamente las mugeres, los niños, los animales, y todo lo demas que estará en la ciudad. Dividirás el botin entre tus soldados, y tú te alimentarás de los despojos de tus enemigos que el Señor te habrá entregado. He aquí lo que harás con respecto á las ciudades apartadas de ti, y que no sean del número de aquellas que debes poseer como herencia tuya; porque hablando de estas, á nadie dejarás en ellas con vida, y todo lo pasarás á cuchillo* [1].

Estas ordenanzas no eran respecto de las guerras contra los Cananéos. En estas, Israel no era mas que el ejecutor del anatema pronunciado contra ellos de parte de Dios. Estas guerras no eran propia- mente un negocio de pueblo á pueblo, donde debian tener lugar las leyes de la humanidad y de la igualdad; eran guerras de la venganza del Señor contra una nacion cuyos crímenes habian llegado á su colmo. Los Israelitas en ellas no tenian mas que obedecer. Los Cananéos tuvieron bastante tiempo para desviar sus infelicidades. No podian ignorar que habia mucho tiempo que estaba resuelto su exterminio, si ellos no prevenian esta desgracia por la penitencia. Así en esto no habia injusticia alguna, ni de parte de Dios que queria exterminarlos, ni de parte de los Israelitas que solamente eran ejecutores de estas órdenes.

Allí nada habia uniforme en la declaracion de la guerra. Jefsé, constituido rey de los Israelitas de la otra parte del Jordan, mandó decir á los Ammonitas que atacaban á Israel: *¿Qué tenéis que ver conmigo, para que vengáis de esta manera contra mí á destruir mi pais* (2)? Y quejándose los Ammonitas de que los Hebréos habian usurpado su tierra, Jefsé, despues de haber justificado á su pueblo de esta imputacion, concluyó diciendo: *Sea el Señor el dia de hoy el juez entre Israel y los hijos de Ammon*. Despues de lo cual los atacó y los derrotó. Los Filistéos habiéndose entrado en las tierras de Judá, para vengarse del dano que Sanson les habia hecho incendiando sus mieses, los de esta tribu les preguntaron: *¿Por qué habeis venido contra nosotros*? (3) Ellos respondieron que venian á llevar preso á Sanson. Y Sanson estando aprisionado, él solo los deslizo. Despues del detestable cri-

IV.
Conducta diferente que debian observar los Hebréos en estas dos clases de guerras.

V.
Modo de declarar la guerra.

(1) Dent. xx. 10. et seqq.—(2) Judic. xi. 12. et seqq.—(3) Judic. xv. 10. et seqq.

men cometido por los de Gabaon contra la muger de un levita, congregado todo Israel para vengar este atentado, pidió á la tribu de Benjamin que entregase los culpables para hacerlos morir, y que se quite el mal de en medio de Israel (1); pero la guerra no se determinó, sino despues que los Benjamitas se opusieron á la demanda.

Tambien vemos una especie de desafio y declaracion de guerra entre el ejército de David, comandado por Joab, y el de Isboset, comandado por Abner: *Surgant pueri, et ludant coram nobis*, dijo Abner á Joab [2]. *Surgant*, respondió Joab. Al instante comenzó el combate por doce soldados de cada ejército. Amasias, rey de Judá, orgulloso con alguna ventaja que habia alcanzado, sobre los Iduméos, envió á desafiar á Joas, rey de Israel, mandándole decir: *Ven, y nos veremos* [3]. El rey de Israel respondió: *El cardo del Líbano envió, cierto día á pedir al cedra que está en el Líbano, su hija para que fuese esposa de su hijo; pero las bestias del Líbano pasaron sobre el cardo, y lo hollaron. Tú has batido á los Iduméos, y tu corazón se ha ensoberbecido; conténtate con la gloria que has adquirido, y estate en tu casa*. Amasias no se volvió: ambos reyes se afrentaron en Betsames; pero el de Judá fue batido. Benadad, rey de Siria, se condujo allí del modo mas insolente para declarar la guerra á Acab [4]. Vino á situarse con su ejército delante de Samaria, y mandó decir al rey de Israel: *Tu oro y tu plata, tus mugeres y tus hijos me pertenecen*. Acab que se conocia el mas débil, respondió: *Segun tu palabra, mi señor y mi rey, tuyo soy, y todo cuanto me toca*. Benadad entónces mas fiero que antes, le envió á decir: *Me entregarás tu oro y tu plata, tus mugeres y tus hijos, y mañana á esta hora te enviaré mis siervos, reconocerán tu casa y la de tus siervos, y tomarán lo que les agrate*. Estas demandas parecieron exorbitantes á Acab y á todo su concejo; y resolvió defenderse y sostener el sitio, que Benadad se vió precisado á levantar, despues de haber experimentado grandes pérdidas. Neco, rey de Egipto, yendo á Carquemisa, quiso pasar por entre las tierras de Judá. Josias con un ejército se opuso á su tránsito [5]. Entónces Neco le envió á decir: *¿Qué tienes que ver conmigo, rey de Judá? Yo no vengo contra ti, sino que combato con otra casa, contra la cual el Señor me envia prontamente. No te opongas á Dios que está conmigo, no sea que él te haga morir*. Josias persistió; pero en la batalla fue herido, y de la herida murió.

Quando ya la guerra estaba resuelta, el que tenia el gobierno de la nacion mandaba tomar las armas á todo el pueblo, si el negocio lo requería, ó escogia solamente cierto número de tropas para la expedicion, si no habia necesidad de que todo el ejército de Israel se pudiese en campaña. Josué á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas, combato contra Amalec por órden de Moises (6). Todo el ejército del Señor ataca á Sehon, rey de los Amoritéos, y á Og, rey de Basan (7); pero solamente se eligen doce mil hombres para que marchen contra los Madianitas (8). Todo Israel se rinde delante de Jericó (9); mas en el principio no se envian contra Hai mas que tres mil hombres (10); pero despues se hace mar-

(1) *Judic.* xx. 12.—(2) 1. *Reg.* ii. 14.—(3) 4. *Reg.* xiv. 8. 9. 10.—(4) 3. *Reg.* xx. 1. *et seqq.*—(5) 2. *Par.* xxxv. 20. *et seqq.*—(6) *Exod.* xvii. 9.—(7) *Num.* xxxi. 21. *et seqq.*—(8) *Num.* xxxi. 4. 5.—(9) *Josue.* vi. 7.—(10) *Josue.* vii. 3. 4.

VL
Tropas de
los Hebreos.

char todo el ejército (1). Lo mismo hizo Josué quando fue á socorrer á los Gabaonitas contra los cinco reyes cananéos (2); y despues en la guerra contra Jabin y contra los otros reyes de la parte septentrional del país de Cauaan (3). En tiempo de los jueces se notan pocas expediciones en las que se hallaba todo Israel. En la primera guerra que emprendieron los Israelitas contra Adonibese, no estuvieron mas que las tribus de Judá y de Simeon (4). Aod libró á Israel de la servidumbre de los Moabitas, con el auxilio de la tribu de Efraim (5). En el ejército de Barac y de Débora, no estuvieron ni las tribus de Ruben y de Gad, ni las de Dan y de Aser. Parece que solamente concurrieron allí Issacar, Zabulon y Neftali (6). Se sabe que Gedeon, de los treinta y dos mil hombres que al principio le siguieron de las tribus de Manases, de Aser, de Zabulon y de Neftali, no reservó sino trescientos hombres, con los que deshizo á Madian (7). Jefe no tenia en su ejército mas que los Israelitas de las tribus del otro lado del Jordan (8). La única guerra de aquel tiempo, á que concurrió todo Israel, es la que se emprendió contra la tribu de Benjamin. Al fin de esta expedicion habiéndose considerado por la multitud de los guerreros, que los de Jabes en el país de Galaad, no estaban allí, envió contra ellos diez mil hombres que saquearon la ciudad, mataron á los hombres, á las mugeres y á los niños varones, sin reservar mas que las doncellas, que se cedieron por esposas á los que habian quedado de la tribu de Benjamin [9].

En tiempo de los reyes, estando reunido todo el pueblo bajo un solo gefe, se vieron ejércitos mas numerosos, expediciones mas importantes y gloriosas, y la disciplina militar mas uniforme y mejor observada. Saul en el principio de su gobierno, habiendo sabido, quando él venia con su arado, que el rey de los Ammonitas sitiaba la ciudad de Jabes, despedazó los bueyes de su arado, y los envió por todo el país, diciendo: *Así se tratarán los bueyes del que no venga á socorrer á Jabes* [10]. El mismo principe, habiendo recibido órden del Señor de exterminar á los Amalecitas [11], juntó todo su pueblo [todo su ejército], le pasó revista, y lo envió contra su enemigo. Los reyes que le sucedieron admiraron estos escritos prodigiosos de que hemos hablado.

El Señor era el primero y principal gefe de los ejércitos de Israel, y de ahí viene el llamarsele con tanta frecuencia *Dios de los ejércitos*, y que Moises tantas veces nombra á los Israelitas, *el ejército del Señor*. Estos eran una nacion entera, que marchaba á la guerra bajo la conducta de su Dios. Su Arca era el simbolo de su presenciam; algunas veces se veian y se notaban las trompetas de su casa en las manos de sus sacerdotes y de sus ministros. El que comandaba las tropas de Israel, no era mas que un lugar teniente de este primer gefe; y el que tenia el gobierno del pueblo, fuera como principe, como juez ó como rey, tenia tambien la comandancia del ejército. El soldado deaba su casa, su muger é hijos como otras tantas prendas de su celo y fidelidad: siempre aguer-

(1) *Josue.* vii. 1. *Tolle tecum omnem multitudinem pugnatorum.*—(2) *Josue.* x. 7.—(3) *Josue.* xi. 7.—(4) *Judic.* i. 3. 4.—(5) *Judic.* iii. 27.—(6) *Judic.* v. 15. 16. 17. 18.—(7) *Judic.* vi. 35. *et vii.* 3. 6.—(8) *Judic.* xi. 23. xii. 1.—(9) *Judic.* xxi. 8. *et seqq.*—(10) 1. *Reg.* xi. 7.—(11) 1. *Reg.* iv. 4.

117
milicia y
armada

VII.
El general
de los ejércitos era el
Señor.

rido, siempre pronto á marchar y necesariamente buen soldado, pues combatia en defensa de su patria, de su religion y de lo mas precioso y estimable que tenia en el mundo. Se le sacaba de la aldea y de la vida laboriosa del campo; y era por consiguiente el mas intrépido, y el mas capaz de sostener las fatigas de la guerra. *Nescio quomodo minus mortem timet, qui minus deliciarum novit in vita*, decia un Romano (1). De esta manera se formaban sin dificultad numerosísimos ejércitos llenos de valor, de celo y de intrepidez. Nota Josefo que (2) Juan Hircano, hijo de Simon Macabeo, es el primero que ha mantenido á sus expensas soldados extranjeros.

Antiguamente no habia en Israel soldados de profesion, ni tropas pagadas y costeadas por la nacion, todos eran á un mismo tiempo soldados y aldeanos, ó gentes del campo aplicados á su trabajo. Solo en tiempo de David se vieron algunas tropas regladas y mantenidas á expensas del principe (3). En una parte se lee que el rey de Judá adquirió del rey de Israel cien mil hombres por cien talentos de plata (4); pero este dinero no era para los soldados, sino para el principe. Conforme al reglamento, los que estaban comandados para la milicia, hacian la guerra á sus expensas; cada uno pensaba en proveerse de armas para pelear, y de lo necesario para alimentarse, sin esperar otra recompensa que los despojos que pudiera alcanzar de su enemigo. Esta disciplina se observó no solamente en los tiempos de Moises, de Josué y de los demas jueces; sino que tambien la hubo en tiempo de los reyes, y despues de la cautividad bajo los Macabeos hasta el gobierno de Simon, que fue principe y gran sacerdote de su nacion, y mantuvo tropas á sueldo (5). Los historiadores nos enseñan que en otro tiempo los Romanos, los Griegos, y verosimilmente todos los pueblos de Oriente seguian las mismas reglas. En cuanto á la edad de cada soldado, no sabemos que hubiera un reglamento fijo. Entre los Romanos habia soldados desde la edad de diez y siete años.

Isai, padre de David, tenia tres de sus hijos en el ejército de Saul; David que era jovencito, habia quedado para guardar las ovejas de su padre. Isai lo envió al ejército con provisiones para sus tres hermanos (6): le dió diez panes y una medida de granos tostados, que era un alimento comunísimo en aquel tiempo, y agregó diez quesos para el comandante. David viéndose obligado á salir precipitadamente de Jerusalem, para no caer en manos de Absalon, Sibai, criado de Mifiboset, le presentó provisiones para su viaje (7): doscientos panes, una bota de vino, cien paquetes de pasas y otro tanto de masas de algunas otras frutas. Los amigos del mismo principe llegaron á presentarle de la otra parte del Jordan, todo cuanto creyeron necesario para su fuga (8), camas, tapices, vajilla de loza, trigo, cebada, harina, grano tostado, habas, lentejas, guisantes tostados, miel, mantequilla, ovejas y terneros cebados. Por estos ejemplos se ve cuales eran las provisiones de boca que se usaban entónces en la guerra.

(1) *Veget. lib. i. cap. 4.—(2) Joseph. Antiq. lib. xii. cap. 16.—(3) Vesse 2. Reg. xxiii. et 1. Par. xi. et xxv.—(4) 2. Par. xvi. 6. et seq.—(5) 1. Mach. xiv. 32.—(6) 1. Reg. xvii. 13. et seq.—(7) 2. Reg. xvi. 1. *Ducentis panibus, et centum alligaturis uis passae, et centum massis palmarum* (Hebr. ad litt. *centum tsmukim, vel uviv passu, et centum kets, vel ustivi fructus et utre vini*).—(8) 2. Reg. xvii. 28. et 29.*

VIII.
Soldados
hebreos.

IX.
Provisiones
y armas.

Por lo que toca á las armas, cada uno solicitaba las suyas: los principes no comenzaron á tener arsenales hasta el tiempo de David. En el gobierno de los jueces, y en el principio del reinado de Saul, las armas eran muy raras en Israel. Está escrito que Sangar mató seiscientos Filistéos con la raja de su arado (1). Debora en su Cántico dice, que en cuarenta mil soldados de Israel (2), no se encontraba ni lanza, ni rodela. No sabemos que alguna vez se hubiese servido de armas comunes Sanson; él combatia con lo que podia haber á las manos, una quijada de asno, una maza &c. En la guerra de Saul contra los Filistéos, solo este principe y su hijo Jonatas estaban provistos de espada y lanza en todo el ejército de Israel. Los Filistéos que oprimian á los Hebréos, impedian que hubiese en todo el pais artifices que pudiesen fabricar las armas; y era menester solicitar entre los mismos Filistéos la recomposicion hasta de los instrumentos de labor del campo (3).

Pero muy poco despues tuvo Saul un tren y un equipage propio de un rey. Tuvo guardias (4) y oficiales generales de sus ejércitos. Abner era general de sus tropas, y se conservó en este destino bajo Isobset, hijo de Saul (5). David tuvo por general á Joab (6), y Salomon á Banaias (7). David mantuvo siempre doscientos ochenta y ocho mil hombres de tropas regladas, sin contar los Ceretianos y Feletianos, que eran tropas extranjeras del pais de los Filistéos. Tenia cada mes veinte y cuatro mil hombres para su guardia (8). Salomon conservó todas sus tropas, y tuvo á mas un gran número de caballos y carros. La Escritura expresa cuatro mil jumentos para sus carros (9), que eran mil cuatrocientos (10), y doce mil caballos de montura para su caballeria (11). Este principe pacífico es el de los reyes hebréos el único que haya mantenido caballeria y carros de guerra. David su padre y los reyes sus sucesores no tuvieron esta ambicion; sus ejércitos todos eran de infanteria. Si se ven algunos caballos y carros en los reinados siguientes, fueron muy pocos, é incapaces de componer un ejército. David deseaba tan poco el uso de los caballos y de los carros en la guerra, que descarre-

X.
Tropas re-
gladas. Ca-
ballos y car-
ros.

(1) *Judic. iii. 31.—(2) Judic. v. 8.—(3) 1. Reg. xiii. 19. et seq.—(4) 1. Reg. xxi. 7.—(5) 1. Reg. xxvi. 5. et 2. Reg. iii. 2.—(6) 2. Reg. xiv. 18.—(7) 3. Reg. ii. 35.—(8) 1. Par. xxv. 1.—(9) En el m. libro de los Reyes iv. 26. El hebreo y la Vulgata leen de esta manera: «Salomon tenia cuarenta mil caballerizas para los caballos de sus carros, y doce mil caballos de montura para su caballeria.» *Habelet Salomon quadraginta milia praecepia eorum currinum* (Hebr. *ad currum suum*), et *duodecim milia equestrum* (Hebr. *equitum*). Pero lo 1.º en lugar de *praecepia*, los Setenta han leído *femina*; 2.º en lugar de *ad currum suum*, han leído *ad currus*. *Quadraginta milia femina eorum ad currus*. «Cuarenta mil jumentos para sus carros.» En el n. l. l. *lia femina eorum ad currus*. «Cuarenta mil jumentos para sus carros.» En el n. l. l. *lia femina eorum in stabulis, et currum, equitumque duodecim milia*; lo cual se traduce comunmente asi: «Tambien tuvo Salomon cuarenta mil caballos en sus caballerizas, doce mil carros y doce mil hombres de á caballo.» Pero lo 1.º el hebreo lee: *Habit quoque Salomon quatuor milia praecepia eorum et currum, et duodecim milia equitum*. «Salomon tuvo tambien cuatro mil caballerizas para los caballos de sus carros, y doce mil hombres de á caballo, 6 doce mil caballos de montura para su caballeria.» 2.º Los Setenta leyeron tambien *quatuor milia*, en lugar de *quadraginta milia*. 3.º en lugar de *praecepia*, los Setenta han leído tambien *avui femina*. 4.º en lugar de *et currum*, tambien han leído *avui ad currus*. (M. Ales.) *quatuor milia femina eorum ad currus*. «Cuatro mil jumentos para sus carros.» Esta loccion parece ser la mas sencilla y la mas natural.—(10) 3. Reg. i. 26. et 2. Par. i. 14.—(11) 3. Reg. iv. 26. et x. 25. et 2. Par. i. 14. et ix. 25.*

to los que habia tenido de los Siros, e hizo quemar los carros (1). Rabsaces, uno de los oficiales de Sennaquerib, decia á los Judios: *Yo os daré dos mil caballos: mirad si hay hombres que puedan montarlos* (2).

XI.
Los reyes
hacian la
guerra per-
sonalmente.

Los reyes iban personalmente á la guerra, y en los primeros tiempos peleaban á pie como el último soldado. En ninguna parte se lee que Saul y David se sirvieran de caballos y de carros de guerra. Fue necesario que toda la nacion se opusiera á que David continuara saliendo á las guerras, y contuvieron el ardor de este principe, cuya valentia lo habia expuesto al mayor riesgo (3). Pero en los últimos tiempos los reyes de Judá y de Israel se veian en los combates montados sobre carros de guerra, y con sus vestiduras reales. Por lo comun se hacia que un carro vacío siguiese al que ocupaba el rey (4), ó ya por ostentacion, ó ya por prevenir lo que pudiera acaecer al carro del principe. Habiendo salido Acab y Josafat á atacar al rey de Siria, ordenó este á los que comandaban sus carros, que solamente dirigiesen sus tiros contra Acab, rey de Israel. Acab para oír la prediccion del profeta Miquéas, que desde antes le habia asegurado que moriria en la guerra, se desfiguró, y de este modo se mezcló con los demas sin nota alguna que lo hiciera visible. Josafat por el contrario, se dejó ver sobre su carro con las insignias reales; y así se atrajo todo el esfuerzo de los enemigos; mas habiendo comenzado á gritar, ellos lo reconocieron y lo dejaron salir. Sin embargo, una flecha disparada á la ventura, hirió á Acab en el pecho; él entonces dijo á su cocherero: *Toma vuelta, y sácame del combate, porque estoy herido de peligro* (5). Habiendo intentado Josias oponerse al rey de Egipto, que marchaba contra el rey de los Asirios, fue mortalmente herido en el combate, y los suyos lo trasportaron del carro que montaba á otro que le seguia, como el que sigue á los reyes (6). Absalon montado sobre una mala combatió en aquella fatal jornada, en la que quedó pendiente de un árbol por los cabellos (7). El Amalecita que se gloriaba de haber dado muerte á Saul, le quitó la diadema real y el brazaete, que le vino á presentar á David (8): Saul por consiguiente llevaba estos adornos en la batalla de Gelboe.

XII.
Oficiales de
los ejércitos
de los Israe-
litas.

No nos extendemos mas aquí sobre los oficiales generales y subalternos de los ejércitos de Israel, porque mas largamente se ha tratado esto en la Disertacion sobre los oficiales de los reyes de Judá. Solamente advertiremos que allí habia un *general de los ejércitos*, tal cuales eran Abner en tiempo de Saul, Joab en el de David, y Banaias en el de Salomon. Despues hubo *quiliarcos, ó principes de mil*, á quienes el autor de la Vulgata comunmente da el nombre de *tribunos*. Despues de esos eran los *principes de ciento*, ó centuriones los *chamischim*, ó capitanes de cincuenta hombres, y los decuriones. Tambien habia otros oficiales nombrados *schalischim*, cuyo empleo no se conoce con toda distincion: y habia comisarios, ó escribientes, y los *soterims* ó heraldos. Estos eran los oficiales de las tropas de Israel.

(1) 2. Reg. vii. 4.—(2) 4. Reg. xviii. 23.—(3) 2. Reg. xxi. 17.—(4) 2. Par. xiv. 24.—(5) 3. Reg. xix. 34.—(6) 2. Par. xxiv. 23. 24.—(7) 2. Reg. xviii. 9.—(8) 2. Reg. i. 10.

La mayor parte de las guerras de que nos habla la Escritura, fueron de cortisima duracion. Habria sido imposible que subsistiesen por largo tiempo unos ejércitos tan numerosos, que no tenian otras provisiones que las que cada soldado llevaba consigo, ó lo que podia tomar de su enemigo en la guerra. Habria quedado toda la tierra sin cultivo y desierta, si todo el pueblo que componia el ejército debiera haber permanecido muchos meses en campaña. La guerra que hizo Moises contra Amalec, se terminó en un dia (1). Una sola batalla dada á Selon y otra á Og, pusieron á los Israelitas en posesion de los estados de estos dos reyes (2). Como los principes llevaban á la guerra, segun la costumbre de ese tiempo, cuantas tropas tenian, despues de perdida una batalla, ningun recurso les quedaba. En poco tiempo se hicieron los expedientes de Josué. El pais no era grande, el enemigo estaba cerca, no se intentaba mas que combatir, y bastaba dar la batalla, que por lo comun era muy tenaz y sangrienta, para que muy pronto terminara. Frecuentemente la pérdida era total de parte del vencido. En un solo dia fueron echados de la Palestina los Moabitas por Aod, y los Madianitas por Gedeon. La famosa guerra de las once tribus contra Benjamin, en pocas semanas se resolvió, se emprendió, y se terminó. La batalla en que Goliat insultó al ejército de Israel, es una de las mas largas que hubo en los confines de la Palestina. Habian ya corrido cuarenta dias de estar acampados y afrontados los dos ejércitos de los Filisteos y de los Hebreos, cuando David llegó al campo y atacó á Goliat. Pocos dias duraron la guerra de Absalon contra David, y las que los reyes de Israel y de Judea tuvieron juntamente ó contra los Filisteos. Mas cuando era necesario poner algun cerco, ó pasar á paises muy distantes, las guerras eran mas largas y mas dificultosas, principalmente por la dificultad de trasportar las provisiones. Concluida la expedicion, el pueblo, sin otra circunstancia, se retiraba á su casa, y volvía á su trabajo.

No se sabe en qué modo ordenaban sus tropas en batalla. La Escritura usa por lo comun esta expresion: *Ordenar en batalla, y disponer los batallones* (3). En los Paralipómenos se lee (4) que cuando David andaba huyendo de Saul, se le presentó un número de hombres bravos *ordegados en batalla*, ó segun la expresion del original, que ordenaban las tropas como los rebanos. En otra ocasion (5) se dijo que los Siros, habiendo ido contra Israel con tropas innumerables, salieron los Israelitas á acamparse contra ellos, como dos pequeños rebanos de cabras. Jeremias se sirvió de la misma expresion (6) cuando hablando de los Asirios, dijo: *Vendrán contra Sion los pastores con sus rebanos. Levantarán sus tiendas en sus contornos, y cada uno de ellos hará pacer el rebaño que tendrá bajo su mano*. Tambien Homero usó la misma comparacion hablando del modo en que los gefes ordenaban sus tropas en batalla (7).

Lo que hay de cierto es, que los antiguos Orientales hacian la guerra con poquísimo orden. Todo consistia mas que en una exacta disciplina militar, en el ardor, valentia, intrepidez, y en una pun-

XIII.
Corta dura-
cion de las
guerras de
los Hebreos.

XIV.
Como orde-
naban sus
tropas en ba-
talla los He-
breos.

(1) Exod. xvii. 8. et seqq.—(2) Num. xxi. 21. et seqq.—(3) Genes. xiv. 8. Judic. xx. 22. 1. Reg. iv. 2. et xvii. 21.—(4) 1. Par. xii. 38. *Expediti ad pugnam* (Hebr. *ordinantes, vel gregantes aciem*).—(5) 3. Reg. xx. 27.—(6) Jerem. vi. 3.—(7) *Iliad*. B.

tual obediencia y seuela de los soldados á los movimientos y órdenes del general. Entre ellos se han visto efectos admirables de esfuerzo y de valor, pero frecuentemente conducidos de una manera poco conforme á las buenas reglas de la guerra.

XV. El arco, la honda y la carrera eran apreciadas entre los Hebreos.

Se apreciaba mucho la destreza en disparar con el arco, en despedir las piedras con la honda, y en la velocidad en la carrera. David da gracias á Dios por haberle dado unos brazos tan fuertes como un arco de metal, y unos pies que igualaban en la carrera á los ciervos (1). En la tribu de Benjamin habia un gran número de hombres muy valientes, que igualmente se servian de la mano diestra y siniestra (2). Los bravos que vinieron á unirse con David cuando estaba perseguido por Saul (3), eran hombres robustísimos, buenos guerreros, armados de adarga y lanza, cuyo semblante era como el de un leon, y tan veloces en la carrera, que podian alcanzar á las cabras de los montes. Asael, hermano de Joab, era uno de los mas ligeros corredores que se conocieron. En la Escritura está comparado á las cabras de los montes (4). Homero casi siempre da á Aquiles el epíteto de *veloz en la carrera*. Esto era lo que mas lo distinguia. Decia Idomenéo (5) que Ajax igualaba en valor á Aquiles, pero le cedía en la velocidad y ligereza. Los héroes que tantas veces se distinguieron en las guerras bajo el reinado de David, eran todos notables por alguna accion de valor extraordinario y heroico: los unos, por haber matado leones sin otras armas que sus palos; otros, porque en número de tres hombres solos se habian abierto paso en medio de un ejército de Filistéos; alguno, por haber matado en sola una vez con sus manos trescientos hombres; otro, por haber matado ochocientos, y otro, por haber él solo contenido un ejército de Filistéos. Los Macabeos no se portaron con menos honor y lustre en esta noble profesion. Basta leer la historia de un Judas, de un Eleazar, de un Jonatas y de un Simon, para formar-se una justa idea del verdadero valor unido á la piedad y á la religion.

XVI. Proclama que se hacia á la frente del ejército antes del combate.

Antes de la batalla, el sacerdote que acompañaba á las tropas, se presentaba ante el ejército, y decia al pueblo: „Israel, escucha: el dia de hoy vas á combatir contra los enemigos: no se amedrente tu corazon, nada temas, ni en su presencia retrocedas ni te intimides, porque el Señor tu Dios está en medio de vosotros, y contra vuestros enemigos peleará en defensa vuestra para sacaros del peligro (6)“. Después á la frente de cada batallon se hacia esta proclama. „¿Quién ha edificado una casa nueva, que no haya hecho la dedicacion? Regrese á su casa, temiendo morir en el combate, y que otro la estrene. ¿Quién es el que ha plantado una vna, y no la ha hecho comun, de suerte que se pueda comer de su fruto? Vuélvase, temiendo morir en el combate, y que otro haga lo que él debia hacer. ¿Quién es el que ha dado esponsales á una doncella, y aun todavía no la ha tomado por esposa? Vuélvase, no sea que muera en el combate, y algun otro se la tome.“ Después de esto se añadía: „¿Quién es el que está medroso y tiene débil su co-

(1) Psal. xvii. 34. 35.—(2) Judic. xx. 16. 1. Par. xii. 2.—(3) 2. Reg. ii. 15.—(4) 1. Par. xii. 8.—(5) Hom. Iliad. N.—(6) Dent. xx. 2. et seqq.

razon? Váyase, temiendo inspirar á otros la timidez y debilidad de su corazon.“ Todo esto se veia practicado entre los Macabeos (1). Los Rabinos enseñan que despues de estar el ejército ordenado en batalla, los generales colocaban por detras en filas á los mas valientes oficiales subalternos con guadañas y hachas para hacer pedazos á los primeros que querian huir; pero esta última circunstancia estriba solamente en la relacion de los Rabinos; la Escritura nada dice. Algunos lugares muestran que esperaban la señal del combate sentados (2). Esto era comun entre muchos pueblos.

La señal de la batalla se daba por el toque de las trompetas, y los sacerdotes eran los que las tocaban: *Los sacerdotes hijos de Aarón harán sonar la trompeta*, dice Moises; *y esta será una ley perpetua en todas vuestras generaciones. Cuando salieris á la guerra contra vuestros enemigos, tocaréis la trompeta, y el Señor se acordará de vosotros, para libraros de las manos de vuestros enemigos* (3). Entre los demas pueblos, así como entre los Hebréos, pero principalmente entre los Egipcios, la trompeta era un instrumento sagrado. Su uso estaba reservado á las personas libres, y frecuentemente los mas distinguidos por sí mismos las tocaban (4). En la guerra contra los Madianitas (5) se envió á Fineés, hijo del gran sacerdote Eleazar, con los instrumentos sagrados, es decir, las trompetas del Señor, para que se tocaran en el ejército. El sonido de la trompeta era como una prenda de la proteccion del cielo, y una señal de la presencia del Señor. Balaam mirando el campo de Israel, exclamaba: Ningun ídolo hay en Jacob, ni simulacro en Israel, el Señor su Dios está con él, y se oye en medio de él el sonido de la trompeta de su rey (6). Abia, rey de Judá, decia á las tropas de Jeroboam, rey de Israel: *Tenemos en nuestra compañía, y va delante de nosotros Dios, y sus sacerdotes con las trompetas sagradas para tocarlas contra vosotros. Hijos de Israel, no peéis contra el Señor Dios de vuestros padres* (7). Las tropas de Abia que eran mucho ménos numerosas que las de Jeroboam, haciendo combatidas por todos lados, comenzaron á gritar, y los sacerdotes á sonar la trompeta. En el mismo tiempo esparció Dios el terror en el ejército de Jeroboam, y allí se mataron en ese dia quinientos mil. Josafat, rey de Judá, marchando contra los Moabitas, los Iduméos y los Ammonitas, colocó en la cabeza de su ejército á los Levitas con los instrumentos de música del templo, como si marchara á la victoria, porque el Señor le habia prometido el triunfo por el profeta Jahaziel (8). Finalmente, en tiempo de los Macabeos, Juan y Judas hijos del gran sacerdote Simon, hicieron huir al ejército de Cendebee con el sonido solo de las trompetas sagradas (9).

No deben confundirse las trompetas de que acaba de hablarse,

(1) 1. Mach. iii. 56.—(2) 1. Reg. xvii. 43. et 2. Reg. ii. 14.—(3) Num. x. 8. 9.—(4) Vide Lips. lib. 4. de Milit. Rom. cap. x.—(5) Num. xxxi. 6. *Vasa quoque sancta, et tubas ad clangendum tradidit ei.* (Hebr. alit. *Et vasa sanctitatis, id est tubas clangentis, in manu ejus*).—(6) Num. xxxi. 21. *Non est idolum in Jacob, nec videtur ei simulacrum in Israel: Dominus Deus ejus cum eo est, et clangor victoria regis in illo* (Hebr. *et clangor regis in illo*).—(7) 2. Par. xii. 12. *Ergo in exercitu nostro dux Deus est et sacerdotes ejus, qui clangunt tubis, et resonant contra eos* (Hebr. *Et ecce nobiscum in capite Deus, et sacerdotes ejus, et tube clangor's ad clangendum contra eos*): *Fili Israel, etc.*—(8) 2. Par. xi. 14. 21.—(9) 1. Mach. xvi. 8.

XVII. Trompetas en las manos de los sacerdotes.

XVIII.
Bocinas que
usaban los
generales.

y que solos los sacerdotes podian tocar, con las bocinas de que se servian los generales, ó para congregar sus tropas, ó para hacerles señal de retirada. Aod, habiendo dado muerte á Eglon, rey de Moab, tocó la bocina en los montes de Efraim; y habiéndose juntado allí mucho pueblo, vino á derramarse sobre los Moabitas [1]. Gedeon usó del mismo medio para juntar las tropas contra los Madianitas (2). Saul tocó la bocina, y dió señal de guerra contra los Filisteos, despues que Jonatas deshizo la garnicion que ellos tenian en Gabaá [3]. Joab tocó retirada, y con el sonido de la bocina detuvo la impetuosidad de sus tropas, que perseguian á las de Abner [4]. De la misma manera terminó la batalla contra Absalon [5]. Seba, hijo de Bocrí, excitó al pueblo á que le siguiera, tocando la bocina [6]. Por este medio podian juntarse en poco tiempo numerosas tropas, comunicándose facilmente el sonido, y pasando en pocas horas de un lugar á otro, en un pais estrecho y bien poblado, donde las aldeas están entre sí muy cercanas, y el pueblo es naturalmente inconstante y amigo de la novedad. Se usó tambien la bocina en dos singulares ocasiones. Cuando los Israelitas llegaron a las fronteras de Jericó, ordenó Dios que rodeasen la ciudad por siete dias, y que en el séptimo, los sacerdotes tocasen las siete bocinas, de que se servian para anunciar el jubileo; y atacaó que las murallas de esta ciudad vinieran á tierra al sonido de estos instrumentos (7). Cuando Gedeon partió con trescientos hombres contra los Madianitas, les dió bocinas á todos, teniendo él una tambien (8); y con el sonido de estos instrumentos derrotó á los Madianitas.

XIX.
Señal y cen-
tinelas sobre
las torres y
sobre los
montes.

Igualmente se nota que en la Palestina comunmente se ponian centinelas sobre las torres y sobre las alturas, y estos sonaban la bocina, ó levantaban una señal en la extremidad de un mastil, quando divisaban al enemigo, ó quando era menester avisar á los pueblos que corriesen á tomar las armas. *Sonará la bocina dentro de la ciudad, sin que el pueblo se atemorice?* dijo Amos (9). *Si yo envío la guerra á un pais, dice el Señor por boca de Ezequiel (10), y el pueblo pone un centinela, y este centinela habiendo avistado al enemigo, advierte al pueblo con el sonido de la bocina; hecho esto, el que oye el sonido de la bocina, y no se resguardare, será prisionero del enemigo, y no debe quejarse sino contra sí propio.* Y Jeremias [11]: *Sonad la bocina en Teub, y levantad la señal en Betacaren, porque el mal se ha manifestado por el Septentrion.* Esta señal se elevaba sobre los montes, y habia grandes astas colocadas de intento, en cuya altura se ponía fuego ó alguna bandera que desde lejos pudiera percibirse. *Vosotros todos los que vivis en ese*

[1] Judic. in. 27. *Statim insonuit buccina in monte Ephraim, descenderuntque cum eo filii Israel.*—[2] Judic. vi. 34.—[3] 1. Reg. xii. 3.—[4] 2. Reg. ii. 28.—[5] 2. Reg. xxiii. 16.—[6] 2. Reg. xx. 1.—[7] Jonat. vi. 4. *et seqq. Sacerdotes tollunt septem buccinas, quarum una est in jubileo....Cumque insonnerit vox tubæ (Hebr. cornu jehel, id est, buccine jubilei) longior atque concisior, etc.* Véase en la Disertacion sobre los instrumentos de música, la distincion que debe haber entre buccina y tuba. Buccina era la bocina, y tuba la trompeta. Esta Disertacion se colocará en el tom. ix.—[8] Judic. vii. 16. *et seqq. Dedit tubas (Hebr. buccinas) in manibus eorum....at dixit....Quando peronnerit tuba (Hebr. buccina) in manibus eorum, etc.*—[9] Amos, in. 6. *Si clangit tuba (Hebr. buccina) in civitate, etc.*—[10] Ezech. xxxii. 2. *et seqq.*—[11] Jerem. vi. 1.

pais, dice Isaias (1), *quando se levantare la señal sobre los montes, vosotros la vereis; y quando sonare la bocina, vosotros la oiréis.* Absalon, afectando la dignidad real, habia ordenado que se avisase á todo el pais, que luego que se oyerá el sonido de la bocina, todo el mundo clamara: *Viva Absalon* (2) Salomon (3) y Jechú (4) fueron reconocidos al sonido de la bocina. Quando Holofernes se adelantó con su ejército para sitiar á Betulia, se pusieron tropas sobre los montes y sobre los desfiladeros, y se encendió fuego sobre las torres de las ciudades (5).

Es tiempo de hablar de los ejércitos de los Hebreos, tanto quando acometen, como quando se defienden. Los carros de fierro, ó provistos de hachas, eran una de las máquinas mas mortíferas que antiguamente se empleaban en la guerra. La Escritura distingue dos clases de carros de guerra. Los unos servian simplemente para la montura de los principes ó de los generales; los otros eran carros armados de fierro que se oponian á la infantería, y que hacian grandísimos destrozos. Los carros mas antiguos de guerra que conocemos, son los que llevaba Faraon contra los Israelitas, despues de su salida de Egipto, y que fueron sumergidos en el mar Rojo. Estaban allí seiscientos (6); pero Moises no nos dice si eran armados, ó si eran carros simples de montura. Los Cananeos que combatió Josué en las aguas de Merom, tenian una caballería numerosa, y una gran cantidad de carros (7). Los de la tribu de Judá no pudieron hacerse dueños de las ciudades de la llanura, porque, dice la Escritura, que los Cananeos habitantes de esas ciudades tenian carros armados, ó carros de fierro (8). Sisara, general de las tropas de Jabin, rey de Asor, llevaba en su ejército novecientos de estos carros (9). En el ejército que los Filisteos pusieron en campaña en el reinado de Saul, habia tres mil (10). Los reyes de Siria, contra quienes David y sus sucesores tuvieron muchísimas veces que combatir, hacian consistir su mayor fuerza en sus carros. David habiéndole tomado mil carros al rey Adarezer (11), descartó los caballos que los tiraban, quemó novecientos, y ciento reservó solamente. En otra ocasion tomó siete mil carros (12). A Benadad, rey de Siria, á quien pusieron en fuga

XX.
Carros de
guerra.

[1] Isai. xviii. 3. *Cum elevatum fuerit signum in montibus, videbitis, et clangent tubæ, (Hebr. et cum sonaverit buccina) civitate. Vide, si lubet, et Isai. xv. 26. xi. 12. xiii. 3. xxx. 17. xxxiii. 23. xlii. 22. Jerem. iv. 7. etc.*—[2] 2. Reg. xv. 10.—[3] 3. Reg. i. 34.—[4] 4. Reg. ix. 13.—[5] Judic. vii. 5.—[6] Ezech. xiv. 7.—[7] Josue xi. 4. *Equi et currus immensum multitudinis (Hebr. multi valde).*—[8] Judic. i. 19. *Quia valcatis curribus uberrabant (Hebr. ferros currus).*—[9] Judic. iv. 3. *Novecentis enim habebat falcatos currus (Hebr. ferros currus).*—[10] 1. Reg. xiii. 5. El hebreo, los Setenta y la Vulgata leen treinta mil; pero el siríaco y el árabe no leen mas que tres mil: *tria millia*, en lugar de *triginta millia*. Muchos prefieren esta leccion como mas natural.—[11] En el n. libro de los Reyes vii. 4. el hebreo y la Vulgata leen solamente mil setecientos caballos ó caballeros. Pero en el libro de los Reyes vii. 4. el hebreo y la Vulgata leen solamente mil setecientos caballos ó caballeros. Y así es como leen esto el hebreo, los Setenta y la Vulgata en el primer libro de los Paralipómenos xviii. 4. *Mille quadrigæ, et septem millia equitum.*—[12] En el n. libro de los Reyes x. 18. el hebreo, los Setenta y la Vulgata leen setecientos carros y cuarenta mil caballos ó caballeros: *Septingentos currus et quadraginta millia equitum.* Pero en el n. libro de los Paralipómenos, xii. 18. el hebreo, los Setenta y la Vulgata leen siete mil carros y cuarenta mil hombres de á pie: *Septem millia currum, et quadraginta millia pedum.* Puede sospecharse que originalmente se habrá leído: *Septem millia currum qua-*

los Israelitas, le dijeron sus tropas: *Los dioses de Israel son dioses de los montes; por esto nos han vencido; pero levanta un segundo ejército, lleva contigo otros tantos hombres, caballos y carros cuantos has perdido, y da la batalla en la llanura, y vérsis cómo los vencerás* [1]. Benadad siguió su consejo; volvió con un nuevo ejército, se dió la batalla en la llanura, y Dios hizo ver que es el Dios de las victorias, y que su fuerza no depende de caballos ni de carros, ni de tiempos ó lugares: cien mil infantes siros fueron víctimas en un solo día de la espada de los Israelitas, y veinte y siete mil murieron oprimidos bajo una muralla. Parece que los reyes hebreos no usaron en la guerra estos carros de que hablamos. Salomón es el único que tenía un número considerable de carros; pero este príncipe no era guerrero, ni la Escritura le atribuye alguna expedición militar.

XXI.
Origen de
los carros de
guerra.

No se sabe positivamente el origen de los carros de guerra. Diodoro de Sicilia [2] asegura sobre el testimonio de Ctesias, que Semiramis llevó contra los Bactrios cerca de mil seiscientos carros armados de hachas. Xenofonte [3] parece decir que los Medos, Siros y Arabes vivian satisfechos por tener carros de guerra, tirados por cuatro caballos, gobernados por un solo combatiente; pero que Ciro mudó esta antigua costumbre, añadiendo hachas en las ruedas de los carros. Todos los héroes de la guerra de Troya, según la relación de Homero, se dejan ver sobre carros; pero allí no había ni hachas, ni otra cosa que los hiciese temibles. El carro tirado de dos ó cuatro caballos, lo montaba un héroe, y los caballos eran conducidos por un guerrero dispuesto á atacar, á resistir y á combatir. De estas máquinas usó Darío, rey de Persia, contra Alejandro [4]. Mitridates los tenía en sus ejércitos. Antiocho el Grande los empleó contra los Romanos [5], contra los de las Gaulas, y contra Julio César [6]. Los antiguos pueblos de la Gran Bretaña [7] también tenían carros de guerra; pero no sé que estuvieran armados de hachas. Alejandro Severo [8] atacó á Artajerjes, rey de Persia, que tenía setecientos elefantes, y mil ochocientos carros armados en guerra. Todos estos ejemplos nos manifiestan el origen y los progresos de estas máquinas terribles, que después dejaron de usarse por muy embarazosas, y sujetas á muchos inconvenientes, supuesto que muchas veces servian ellas contra los mismos que las habian preparado.

XXII.
Descripción de
los carros
de guerra.

La forma de estos carros ha sido muy varia, y de ellos hay un gran número de descripciones diferentes. Diodoro los figura de esta suerte [9]: «El yugo de cada uno de los dos caballos que tiraban el carro, estaba armado de dos puntas de tres codos de largo, que se afrontaban contra el rostro de los enemigos: en el eje estaban afirmadas otras dos puas largas, que miraban del mismo lado que las primeras; pero eran más largas, y en sus extremidades estaban armadas de guaduañas. Aquellos de que habla Quinto Curcio [10], tenían algunas cosas más que estos: que acaban de describirse. La ex-

quadecim milia equitum; et quadraginta milia peditum: siete mil carros, estorces mil caballos ó caballeros, y cuarenta mil hombres de á pie.—[1] 3. Reg. xx. 24. 25.—[2] *Diodor. l. v. Biblioth.*—[3] *Xenofont. l. vi. Cyropæd.*—[4] *Quint. Curt. l. iv. et Diodor. l. xv.*—[5] *Veget. l. ii. c. 24.*—[6] *Frontin. stratag. l. ii.*—[7] *Tacit. Vit. Agric. Quædam nationes et curru præstantur. Hæc est auriga: cientes propugnantes.*—[8] *Lampriod. in Alex.*—[9] *Diod. l. xv.*—[10] *Quint. Curt. lib. iv.*

tremidad del timon estaba armada de picas con puntas de fierro. El yugo tenía por los dos lados tres especies de espadas que salían por fuera. Entre los rayos de las ruedas había muchos dardos que también salían á fuera; y las llantas de las mismas ruedas estaban guardadas de cuchillas, que hacían pedazos cuanto encontraban. Xenofonte [1] nota que estas máquinas estaban montadas sobre fuertes ruedas, capaces de resistir toda la violencia del movimiento que debían sufrir. El eje era más largo que lo ordinario, para que el carro estuviera menos expuesto á volcarse. El asiento del cochero era una especie de torrecilla de madera muy sólida, y elevada á la altura de una brandilla. El cochero estaba enteramente armado, y menos los ojos, todo su cuerpo estaba cubierto de fierro.

Como los carros de guerra eran de cuatro ruedas, más fuertes y más anchos que los carros comunes, podían llevar muchos hombres armados de flechas y dardos, que combatesen desde allí con ventaja. Había también otros carros que no llevaban hombre alguno; solamente sobre cada uno de los dos caballos cubiertos de sus caparazones, estaba un caballero revestido de coraza, y en estado de pelear bien [2]. Otras veces solamente llevaba el carro un caballo y un solo caballero. Estos carros consistian en dos ruedas y un asiento, cargados de espadas y hachas que iban levantadas y salían hacia fuera. Las hachas que estaban fijadas en el eje por medio de un resorte, daban vuelta, y destruian cuanto se encontraba dentro de la esfera de su movimiento. Había también algunas veces unos látigos unidos á la rueda, que moviéndose por ciertos resortes, ahorraban al caballero el cuidado de azotar los caballos.

Por estas descripciones pueda juzgarse el ruido que causarían estas máquinas en las guerras, antes que se hubiesen tomado precauciones contra su violencia y su rapidez. Lucrecio hace una elegante descripción de ellos, y para apoyar su opinion sobre la divisibilidad de las almas, él exagera el movimiento de los miembros todavía palpitantes, que conservan algun resto de vida aunque separados del cuerpo por el corte de las hachas de estos carros: corte que habiéndose ejecutado con tanta prontitud, no ha permitido á el alma separarse con la misma brevedad, estando comunicada á diversas partes del cuerpo:

Falciferos memorant currus abscondere membra

Sæpe ita subito permixta cæcæ calentes,

Ut tremare in terra videatur, ab artibus id quod

Decidit abscessum, cum mens tamen, atque hominum vis

Mobilitate mali, non quit sentire dolorem.

Et caput abscessum, calido, vivente trunco,

Servat humi vultum vitalem, oculosque patentes,

Donec reliquias animal reddidit omnes [3].

Los Helyeos empleaban en la guerra las mismas armas que sus vecinos. Tenian espadas, dardos, lanzas, saetas, arcos, flechas y hondas. Llevaban casco, coraza, adarga y escarceles. La armadura más completa que refiere la Escritura es la de Goliath. Como ella era enteramente extraordinaria por su peso y grandeza, se cuidó de describirla y conservar sus particularidades. En general debe no-

XXIII.
Armas que
mencionó la
Escritura.
Santa.

[1] *Xenofont. l. vi. Cyropæd. et l. i.*—[2] *Vide Libell. de Rep. Bellic. gest. Nat. Imperii.*—[3] *Lucret. de Reb. Nat. l. iii.*

tarse que comunmente las armas eran de cobre; y es bien presentarse aquí algunas pruebas contra los que quieren que el nombre de *cobre* en las descripciones de las armas, signifique, ó el metal en general, ó el fierro y el acero. Yo confieso (1) que alguna vez el nombre *cobre* significa fierro; pero esto solamente ha sido despues que el fierro y acero se han hecho mas comunes, y que ha comenzado á hacerse con ellos lo que ántes se hacia solamente con el cobre.

Hesiodo, en la distribucion que hizo de las primeras edades del mundo, dice que la edad de oro fue la primera, despues la de plata, siguió la de cobre, y finalmente la de fierro. Hablando de la edad de cobre, asegura que no solamente las armas y los instrumentos de labranza, sino aun las casas eran de cobre, porque todavía no se usaba el fierro (2). Proclo, uno de los comentadores de este poeta (3), nota que en el principio habia un cierto temple para endurecer el cobre, que lo ponía tan puro y tan sólido como el fierro; mas habiéndose perdido este temple, se ocurrió finalmente al fierro, para la guerra y para la labranza. En efecto, todavía existen algunas armas antiguas de cobre con un temple tan duro como el acero (4); y tambien clavos iguales en dureza á los de fierro. Tambien se han encontrado sinceles de bronce propios para cortar las láminas de cobre (5). Tambien hay clavos, platos, pateras, copas, escalfadores, cuchillos, hachas, lengüetas para picas, y otras cien cosas de esta naturaleza todas de un bronce muy sólido. En las obras de arquitectura por lo comun no se usa el fierro, sino solamente el cobre, porque el orin no lo consume tan fácilmente como al fierro. Los arcos, cuyo temple debe ser muy bueno, y que el día de hoy solo se hacen únicamente de acero, se hacían en otro tiempo de cobre.

Lucrecio (6) cree que el oro y la plata son los primeros metales que se han encontrado y empleado para las armas y otros instrumentos; despues se usó el cobre, y últimamente el fierro:

Posterior ferri vis est, aurique reperta,
Et prior ævis erat, quam ferri cognitus usus.

Insensiblemente fue preferido el fierro, y las *hachas de cobre* no se mientan sino en un sentido burlesco:

Inde minutatim processit ferreus ensis,
Versaque in opprobrium species est falciæ libens.

Los hechiceros empleaban una hoz de cobre, para cegar las yerbas alumbrando la luna.

Falcihus et messæ ad lanam queruntur ahens
Pulentes herbe..... (7)

Y Servio nota que antiguamente en las cosas de la religion mas bien se servían del cobre que de otra materia, y que se conservaba en Roma la costumbre de no cortar los cabellos al sacerdote de Jupiter sino con tijeras de cobre. Esta nota se halla en las pa-

[1] Voss. *Lexic. Etym. verbo, Es. Es pro ferro capis accipi, postquam ferrea arma in non esse ceperit. At pro are sumebantur, cum arces solum obtinerent.*—[2] *Hesiod. Opera et dies.*—[3] *Vide D. Bernard de Montfaucon, Diar. Italic. cap. 5.*—[4] *Flamin. Vacca apud eund. cap. 12.*—[5] *Lucret. lib. v.*—[6] *Virgil. Æneid. iv.*

labras de Virgilio, que describe el templo que Dido hizo construir en Cartago:

Ærea cui gradibus surgebant limina, nexque
Ære trabes, foribus cardo stridebat ahenis (1).

El umbral, los goznes, los quicios, y las láminas que cubrían las puertas, eran de cobre. Los instrumentos de los sacrificios de la antigüedad que aun se conservan, son de cobre; y es de advertir que Moises solo empleó el cobre, el oro y la plata en los vasos del tabernáculo, y que Salomon no se valió de otra materia para el templo.

Homero en cien lugares habla de armas é instrumentos de labranza, que eran de cobre. Por ejemplo, describe un carro (2) cuyo eje era de fierro, las llantas y lo que las guarnecían de cobre. Habla á continuacion de los soldados, de los cuales unos llevaban las armas de cobre, y los otros de fierro. Heródoto (3) asegura que entre los Massagetes, no solamente las cuchillas eran de este metal, sino tambien las picas, los carcaces y las hachas. Xenofonte (4) habla frecuentemente de esta misma clase de armas. Dice que los Persas llevaban corazas y cascos de cobre. Alceo (5) habla de las espadas y calzados de la misma materia. Filipo, rey de Macedonia, deseaba, decia él mismo, ir por devocion á colocar una estatua de Hercules sobre la orilla del Danubio (6). Los Scitas le mandaron decir, que bien podia enviársela, y que ellos mismos la dedicarían; que si queria ponerla á pesar de ellos, la fundirian para armar sus flechas. Finalmente, Virgilio comunmente habla del cobre como materia de las armas:

Æræque micant pelta, micat æreus ensis (7).

Y en otro lugar:

.....Fluit ære rivis, aurique metallum,
Vulnificusque chalybs vasta fornace liquescit (8).

La Escritura no está ménos expresa, ni ménos clara que estos autores. Habla de escudos, de cascos, de arcos (9), de cadenas (10), de ruedas y ejes (11), de barras, de puertas (12), y de calzados tambien de cobre (13). Si ella hubiera querido hablar del fierro ó del acero en todos estos lugares, ¿á qué fin habia de emplear el término cobre, teniendo palabras propias para significar el fierro? Si estas palabras solamente se encontraran en piezas poéticas, podría creerse que por una figura del discurso y por una licencia poética, los escritores habian tomado un metal por otro, y puesto el bronce en vez de metal en general, si fuera posible hallar en las divinas Escrituras semejantes licencias; pero que en los libros puramente históricos, y en una narracion sencilla y sin figuras hayan usado los autores sagrados de esta libertad, no habrá quien pueda creerlo: es menester por tanto tomar á la letra las expresiones de la Escritura, que nos dice que las armas eran de cobre.

[1] *Virgil. Æneid. i.*—[2] *Homer. Iliad. E.*—[3] *Herodot. lib. i. c. 25.*—[4] *Xenophon. l. vii. Cyropæd. Vide eund. Anabaz. l. iv.*—[5] *Apud. Athen.*—[6] *Justin. lib. ix.*—[7] *Æneid. vii.*—[8] *Æneid. vii.*—[9] *3. Reg. vii. 30.*—[10] *1. Reg. xvii. 5. 6. 3. Reg. xvi. 27. Job. xi. 24. Psal. xvii. 35.*—[11] *Daniel. iv. 12.*—[12] *3. Reg. iv. 13.*—[13] *Deut. xxxiii. 25. 1. Reg. xvii. 6.*